

straightforward reflections of the economic relationship between Christian and Jew, where the latter comes to embody in displaced form a division within the bourgeois human subject» (p.73). Las relaciones económicas, la distinción entre una sociedad capitalista y una sociedad precapitalista son, en esta ocasión, y adquieren una dimensión trascendental, puesto que su influencia va a ser fundamental en la obra y va a condicionar todos los componentes sociales. Sin embargo todavía hay más, ya que parece que esta obra pretende ser también una crítica contra el incipiente montaje económico que se empieza a dar en la sociedad renacentista. La desmedida usura, de la que Shylock hace gala, pone en entredicho, de una manera directa, los principios mercantilistas y económicos, y con ello la concepción de un mundo basado en las relaciones de mercado.

Poco queda por decir. Tan sólo que estas innovaciones críticas dentro del teatro shakespereano han de verse y de aceptarse con una relatividad obligada, ya que, se quiera o no, toda crítica y toda interpretación son parciales por naturaleza y definición. Hay, pues que sopesar la validez de esta tendencia crítica en su aplicación al teatro de William Shakespeare y calibrar la nueva perspectiva de acercamiento y de entendimiento que propicia, utilizando toda la potencialidad que alberga. Sin embargo, y al mismo tiempo, hemos de ser conscientes de que el materialismo cultural no agota la inmensa riqueza que el universo dramático shakespereano encierra, y donde un exceso de contextualización puede ir fatalmente en detrimento de la textualidad de la obra teatral al desviarnos y alejarnos más y más del texto.

José Manuel González Fernández de Sevilla

Blanca Krauel. *Viajeros británicos en Málaga (1760-1855)*. Málaga: Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Málaga, 1988, 143 pp.

El propósito de Blanca Krauel en este libro no podría ser más modesto: se trata de reconstruir, a partir de los libros publicados por una serie de viajeros británicos que visitaron España en los años indicados, la imagen, a menudo distorsionada o parcial, de Málaga que esos curiosos turistas forjaron primero y difundieron después entre sus compatriotas. La autora, avezada en estas tareas gracias a su obra anterior, *Viajeros británicos en Andalucía* (Málaga: Universidad, 1986) tiene el acierto de dejar que sean los propios visitantes quienes cuenten sus experiencias, impresiones y opiniones. A tal efecto va entresacando citas largas de las voluminosas obras de los británicos, que pone en relación entre sí; nos hace ver cómo los prejuicios y imprecisiones de unos influyen en las percepciones de otros; y termina ofreciendo una breve panorámica del punto de vista contrario: las burlas, las caricaturas y la sorna con las que algunos malagueños les devolvían la moneda a los ingleses impertinentes que se habían atrevido a juzgarlos y criticarlos.

Dentro de la modestia de sus pretensiones, el libro es entretenido y su autora maneja con habilidad tanto sus fuentes como una cantidad no despreciable de información relativa a la vida cotidiana de la capital andaluza y a las costumbres, vestimenta, ocupaciones, ocio —sobre todo ocio, a juicio de los extranjeros— amores y sentimientos religiosos de sus habitantes. Hay anotaciones abundantes y escrupulosas y una buena bibliografía de las fuentes inglesas, aunque ninguna referencia a estudiosos o historiadores españoles.

Este último dato sorprende sin duda y por desgracia está en consonancia con un defecto general del estudio, que es la ausencia de un fundamento histórico *objetivo*. Subrayamos este término porque Blanca Krauel se queja repetidas veces de la subjetividad de los viajeros, sin aportar en ningún momento las pruebas de su equivocación. De esta manera, quedamos sin saber, por ejemplo, si Málaga era más sucia de la cuenta, como afirman algunos viajeros, o si sus gentes eran más aficionadas al vino o más pendencieras que sus contemporáneos sevillanos o gaditanos, o si la justicia en la región era inoperante o excesivamente contemporizadora. Respecto del «tópico de la ligereza de las mujeres anadaluzas» (p. 47), ¿es o era un tópico? ¿Es de origen británico o doméstico? En cualquier caso, permítasenos decir, en defensa del honor de las mujeres andaluzas, que no nos consta ni como realidad ni como reprensible insinuación.

El estilo del libro es el llamado «periodístico,» que hace que la lectura sea fácil aunque no siempre muy amena, abundando, por ejemplo, los usos dudosos de «mayormente,» «en el sentido de» o «sobre,» amén del empleo sistemático de «tema» y «aspecto» por «cuestión» y «detalle.» Leemos (pág. 25) que «la totalidad del conjunto está magníficamente realizado,» que no es un caso aislado y que combina una tautología evidente con un ejemplo muy moderno de falta de concordancia. Como viene siendo habitual, aun en los libros académicos, el empleo de los acentos escritos es caótico y la ortografía imperfecta («exorbitante» es lo más notorio y «cortesa» [de queso, pero claro, de queso andaluz] lo más gracioso). Por último, las traducciones del inglés son, en general, aceptables, aunque con una tendencia notable a poner a los británicos ilustrados a hablar neo-castellano más que español («un inglés no se *autocon*vence fácilmente...», p. 87). Conviene añadir que cuando sir John Carr recuerda la escena en la iglesia «con los hombres arrodillados junto a las mujeres, cortejándolas violentamente,» el *sic* que sigue al adverbio ni lo aclara ni lo excusa. «Violent» en inglés se aplicaba, y aún se aplica, a las emociones vivas, por lo que habría que traducir por «con fervor,» «apasionadamente,» «con viveza,» etc, en lugar de intentar poner en evidencia el estilo sobrio y decoroso del ilustre turista. Y es de suponer que los tenderos que «saltan sobre sus pies,» lo que hacen en realidad es «jump to their feet,» esto es, se ponen en pie al instante, para vender y no para bailar un zapateado.

Brian Hughes